

por la mañana, mientras Grunden se encargó de todo lo concerniente á la cocina.

Mientras tanto transcurría el día sin parecer ningún expedicionario, tuve que decidirme á practicar otra cura á Andersson. Entonces, cuando precisamente á las once empezaba á estar todo en orden en la casa, oímos ladrar los perros y muy pronto llegó el trineo á la orilla. Habían disfrutado un magnífico tiempo, y Duse se había procurado bastante material para el mapa, logrando escalar la isla de Lockyer, que tiene 450 metros de elevación. Vieron muchas focas durante sus jornadas y trajeron buena provisión de carne, así como algunos labos (megalestris) que, á fuerza de verse continuamente acosados por nosotros, habían abandonado el año anterior nuestra vecindad.

El libro diario del 7 de noviembre, termina con las siguientes líneas:

«Las observaciones nocturnas hicieronse por mucho tiempo sin linterna, y hoy es el primer día que cenamos á obscuras. Gracias á que la noche es magnífica; la luna, que se levanta detrás de la isla de Seymour, nos alumbrá majestuosamente. Todo á nuestro alrededor parece tomar un aspecto triste de invierno; el hielo intacto se extiende á lo lejos, bajo el cielo sin nubes, de un color azul pálido.»

Bien lejos estaba entonces de figurarme que estas líneas serían las últimas que escribiría en el libro diario referente á la estación invernal.

## CAPITULO XX

### *Un día como los demás*

El 8 de noviembre de 1903.—Llegada de la expedición de auxilio argentina.—Relato de Bodman sobre su inesperado encuentro.—Nos alistamos para dejar la estación.—Larsen, K. A. Andersson y demás compañeros llegan de la isla de Paulet.



Preparativos de marcha.

**E**L 8 de noviembre empezó, como tantos otros de los días transcurridos últimamente, con tiempo hermoso y sin que ocurriese nada de particu-

lar. Almorzamos, y yo me quedé en la vivienda durante la mañana, sin arriesgarme á preparar excursiones largas antes de que todos hubiesen vuelto á casa. Esperábamos con seguridad el regreso de Bodman por la tarde.

En estas ó parecidas circunstancias no me causaba la menor emoción cuando un compañero entraba en la sala, donde me entretenía escribiendo, á darme cuenta de que alguien se acercaba en dirección á nosotros, sobre el hielo. En aquella ocasión, sin embargo, era extraño que fueran cuatro personas las que llegaban. No podíamos figurarnos que los expedicionarios de Seymour regresasen tan pronto, pero, de todos modos, serían ellos indu-

dablemente, y cuando vimos que, en efecto, eran cuatro las personas que avanzaban, no podíamos dar crédito á nuestros ojos. Sin embargo, no pasaron muchos minutos sin que todos estuviésemos reunidos á la puerta de la casa, donde tantas veces habíamos contemplado la extensión desierta hasta fuera del hielo de tierra.

Los que tenían gemelos de campaña á mano hicieron uso de ellos. Así y todo, no salíamos de nuestra confusión; los bultos se movían allá á lo lejos, mas no podíamos reconocer quiénes eran.

Teníamos que convenir desde luego en que eran más de dos y que no podían confundirse con pájaros bobos. Echamos una mirada alrededor de nosotros; ninguno faltaba, todos nos hallábamos reunidos; tampoco eran perros, pues casi todos se hallaban cerca de la loma y nunca acostumbraban á alejarse tanto. Con ayuda de los gemelos pudimos convencernos plenamente de que el que caminaba al frente era, sin duda alguna, un hombre, y los que iban detrás no se diferenciaban gran cosa á pesar de la distancia.

Por fin, aparecen más visibles; son cuatro hombres que vienen hacia nosotros.

Siempre que sobrevenía algún acontecimiento inesperado, tardábamos por lo general en ponernos de acuerdo respecto á su significación, y en aquella ocasión dividiéronse también las opiniones. Mientras unos nos creíamos víctimas de la más extraña ilusión, otros cambiaban frases de regocijo. Alguien aventuró que el «Antártico» había llegado, por fin, pero la impresión dominante no podía ser más halagüeña, comprendiendo vagamente que aquello significaba nuestra redención definitiva. Uno ó dos compañeros quedáronse en la estación, pero todos

los demás se encaminaron á buen paso sobre el hielo para salir al encuentro de los que llegaban, sin pensar en preparativos de ninguna clase. Uno de éstos, para llegar antes, se puso patines para nieve, á pesar de que el terreno estaba tan malo que tuvo que dejarlos en el camino.

Pronto apresuramos el paso sobre el hielo; nos parecía que los desconocidos á cuyo encuentro íbamos caminaban muy despacio, y no podíamos comprender el motivo de su parsimonia. De vez en cuando desaparecían ante nuestra vista detrás de algún bloque de hielo, y hubo momentos en que llegamos á creernos víctimas de una ilusión óptica.

De pronto vemos que se separa un individuo de la misteriosa comitiva y apresura el paso dirigiéndose á nuestro encuentro. ¿Quién podía ser?

—Es seguramente Larsen—exclamamos, y todos creímos reconocerle.

—No, no puede ser Larsen; ¿será Akerlund?—añadía otro.

—No, Akerlund no usa gorra de esa forma; debe ser seguramente Larsen, que desea ser el primero en saludarnos.

—¿No gritamos un hurra?—preguntaba otro.

—Aun no, dejemos que se acerquen, para estar más seguros—contesté yo.

Un momento después vimos, efectivamente, que era Akerlund que venía hacia nosotros. Entonces se explicó el enigma. Ninguno de nosotros se atrevía á hacerle una sola pregunta, cuando, adelantándose, nos habló así, viendo nuestra confusión:

—Allá afuera nos aguarda un buque argentino; pero del «Antártico» no hay noticia alguna.

Por segunda vez nos encontramos en uno de esos momentos incomprensibles, en que parece desvanecerse la realidad de las cosas ante la impresión intensa de un suceso inesperado. Habíamos estado tan firmemente persuadidos de que en aquella época del año ningún buque, excepto el «Antártico», podía arribar á aquellas latitudes, que la nueva que Akerlund nos comunicaba parecíanos un sueño. A habernos notificado la pérdida del buque en aquel momento, no nos causara impresión más profunda. Entonces abrigábamos, por el contrario, la esperanza de encontrar algún día á nuestros compañeros del «Antártico».

Estos y otros mil pensamientos que nos asaltaban nos impedían enterarnos apenas de lo que ocurría en torno nuestro. Hubimos de adelantarnos para llegar al encuentro de los dos oficiales que, en compañía de Bodman, se dirigían hacia nosotros.

Sobral, que desde aquel momento debía considerarse como en su propia casa, fué el primero que propuso intentar todos los esfuerzos imaginables para encontrar el «Antártico». La realización debía, pues, dejarse al comandante de la expedición auxiliar.

Llegó después el momento de las presentaciones y saludos, haciendo nosotros los honores de recepción en aquel territorio que, después de largos meses, considerábamos ya, con sus hielos y sus áridas montañas, como nuestros dominios.

Eran nuestros huéspedes y salvadores, el teniente de navío don Julián Irizar, jefe del buque auxiliar «Uruguay», y el teniente J. Jalour. No recuerdo lo que conversamos en un principio, pero no tardamos mucho en enterarnos de cuanto se relacionaba con aquella expedi-

ción: como no se sabía nada del «Antártico», el Gobierno argentino decidió equipar especialmente para nosotros uno de sus buques de la marina de guerra, el que entonces hallábase fuera de la isla de Seymour.

También se había organizado en Suecia una expedición auxiliar, para la cual se fletó el buque de pesca «Frithiof», que ya estuvo bajo la dirección del capitán Gylden, excomandante del «Antártico» durante la expedición geodésica de 1901. El capitán Irizar encontró á Gylden en Estocolmo durante el mes de julio, mas desde entonces no se volvió á saber nada de la expedición sueca. Asimismo nos enteramos minuciosamente de cuantos trabajos realizara la expedición auxiliar francesa, al mando del doctor Charcot.

A bordo del «Uruguay» no había ninguna carta ni ninguna comunicación dirigida á nosotros.

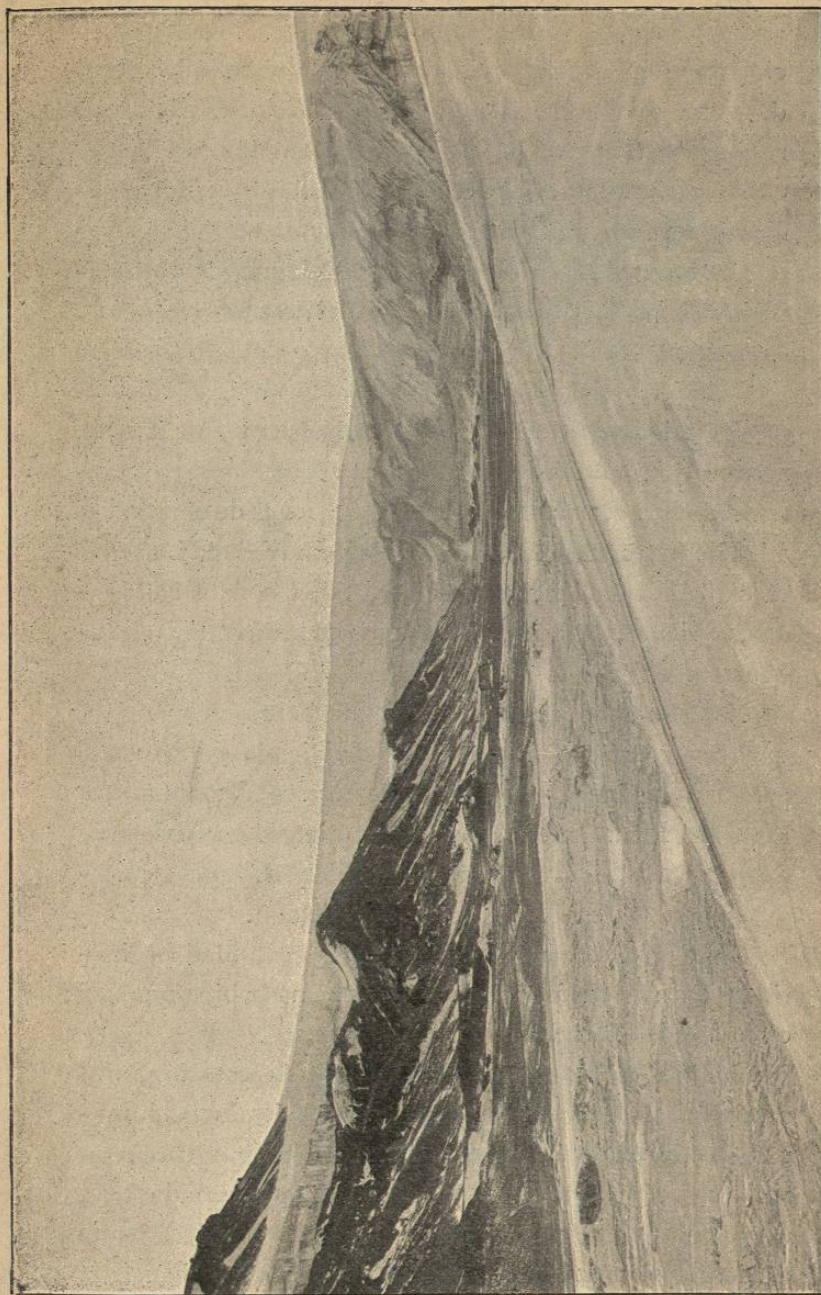
Bodman, después que hubo satisfecho su curiosidad, apresuróse á regresar á casa para preparar la recepción, y nosotros acompañamos á nuestros huéspedes que estaban bastante cansados después de la larga marcha. Bodman describió después nuestro encuentro con los oficiales argentinos en la siguiente relación, que publicó un periódico sueco:

Aquella mañana habíamos decidido levantarnos temprano para emprender el viaje de regreso antes que el sol encharcara el camino que debíamos recorrer; cuando me desperté eran las cinco y algunos minutos; y pareciéndome algo temprano decidí dormir un rato más. Este sueño, no fué, sin embargo, muy seguido, porque media hora después, me desperté á causa de las voces que daban fuera de la tienda, escuchando con gran sorpresa á alguien que gritaba llamando á Sobral, que

por lo visto se aproximaba. En seguida me levanté y salí de mi saco para ir á la puerta de la tienda. ¡Cuán diversos pensamientos asaltaron en aquellos momentos mi fantasía! Hubiera querido ser entonces uno de los que llegaban á darnos las nuevas para evitarme un momento más de incertidumbre. Adiviné, sin embargo, en seguida, que no eran los del «Antártico» los que acababan de llegar. Era la expedición argentina que venía en nuestro auxilio. No tardamos en ver á dos oficiales de marina mostrando sus semblantes risueños y pronto la conversación se hizo general. Eran el comandante y un teniente del cañonero «Uruguay». Habían salido el 8 de octubre de Buenos Aires para Ushuaia y desde allí hacia el sur, el primero de noviembre. Gracias á las favorables condiciones del hielo, consiguieron arribar el 6 de noviembre á la vista de la isla de Cockburn, y el día siguiente lo invirtieron en reconocer el estado del mar alrededor de dicha isla.

Hicieron rumbo después al este con el intento de llegar á la estación invernal por la parte exterior de tierra, y aquella misma mañana habían desembarcado en el Cabo Seymour para averiguar más detenidamente un palo de señal (cairn) que allí había. Tenía las inscripciones siguientes: «Jason, 1892» y «Andersson, Sobral, octubre de 1903».—Cuando los compañeros expedicionarios, un momento después, vieron la blanca tienda, supusieron que Sobral debía estar allí.

Poco tardaron en satisfacer su curiosidad, se tomaron algunas fotografías, y luego se resolvió que inmediatamente debíamos ponernos en camino hacia el campamento de Snow-Hill. Desmontamos la tienda lo más pronto posible, yo me puse las botas, pues con la pre-



Valle entre el ventisquero de Snow-Hill y la tierra sin nieve (el observatorio aparece en medio).

capitación me había olvidado por completo que estaba descalzo y hasta entonces no sentí la frialdad. Obsequiáronnos de momento los recién llegados, con pastillas de chocolate, que huelga decir lo exquisitas que nos parecieron después de tanto tiempo que nos veíamos privados de toda clase de golosinas. Pero la mayor satisfacción y sorpresa que experimenté fué, cuando, á más de esto, el capitán Irizar sacó un cigarro que me ofreció con suma amabilidad. Conversando amigablemente, pronto salvamos el trayecto que nos separaba de la casa, aunque tanto á Akerlund como á mí nos pareciese demasiado largo, porque estábamos ansiosos de comunicar á los demás compañeros la agradable novedad. Llegados cerca de la estación, fuimos advertidos por los camaradas, quienes, á buen paso, dirigíanse á nuestro encuentro.

Nos abrazamos y saludamos con afectuosa expansión, y yo me apresuré á arribar á la vivienda para izar el pabellón nacional en el tope de nuestra asta bandera. Inmediatamente me dispuse á examinar las provisiones que aun nos quedaban para obsequiar á nuestros huéspedes recién llegados del mundo civilizado.

Empleando cuatro ó cinco veces la cantidad ordinaria de grano, logró el cocinero cocer una bebida que allá en nuestro país se llama café.

Cuando todos hubieron llegado á la estación, nos sentimos verdaderamente orgullosos haciendo los honores á nuestros huéspedes, y ofreciéndoles nuestra mesa, en la cual, Akerlund, había servido una comida que, para nosotros por lo menos, resultaba verdaderamente opípara. Ignoro cómo les parecería á los recién llegados, pero su excesiva bondad para con nosotros, atenuó las

deficiencias del servicio, á pesar de que todo en conjunto era realmente mezquino, sucio.

El capitán Irizar nos ofreció amable hospitalidad á bordo del «Uruguay» para regresar al mundo civilizado. Nos preguntó cuánto tiempo necesitaríamos para estar en disposición de ponernos en marcha, y no pudo ocultar su contento cuando le contesté que en un par de días lo tendríamos todo preparado.

Quedaba por resolver la cuestión más importante, cual era encontrar el paradero de los demás compañeros del «Antártico». El medio indirecto para lograrlo era dirigirnos cuanto antes á la estación telegráfica más próxima, y adquirir los informes que tuviesen para, en virtud de ellos, resolver lo que procediera; el medio directo consistía en comenzar desde luego nuestras pesquisas para hallar el «Antártico» antes de establecer comunicación alguna con el mundo exterior. El capitán Irizar se inclinaba marcadamente á la primera solución, advirtiéndonos que, de todas maneras, su modo de obrar se decidiría en lo posible según nuestra opinión respecto á las probabilidades de encontrar al capitán Larsen y su tripulación.

Por mi parte, no quise exponer mi opinión respecto á tan importante asunto, optando por que nos reuniésemos todos y cada cual expresara su parecer sobre la cuestión, para lo cual rogué á mis camaradas que se reunieran en la loma próxima á la estación. Todos estuvimos acordes en que debía hacerse lo posible para encontrar directamente el «Antártico». Así se decidió en principio, puesto que la expedición argentina podía disponer la ejecución de estas investigaciones; hubo tan sólo uno que discrepó algo de este plan, y apuntó,